



## HACIA UNA EXPERIENCIA DE LA CONCEPTUALIZACIÓN DE “CRISIS”

*Fernando Solano  
Fundación Walter Benjamin*

**E**xiste un fenómeno natural de cuya imagen participa el concepto de “crisis”: pendiendo de su cauce, las aguas de río son remitentes de un tradicional encuentro, jamás consumado rotundamente con las salinas de los mares, aunque su sigiloso acontecer se cuente desde siempre. El fenómeno acuático en mención, propio de la naturaleza de confluencia entre río y mar en los deltas, ilustra la definición de “crisis” como *ruptura* de la lógica formal de continuidad, en tanto, encuentro y desencuentro toman lugar común, alojando necesidad, *voluntad* y vocación de coexistencia en conflicto.

Es así como la “crisis” comporta, al tiempo, estado agónico y gestante de un nuevo aparecer. En ella yace oculto y presente el “ser o no ser” existencial trágico de Shakespeare, el “Ser o No-Ser” existencial metafísico de Parménides, y el “Ser y, a la vez, No-Ser” existencial dialéctico de Heráclito. Como un acto reflejo, la *crisis* manifiesta una doble aparición, en cuanto presencia tanto la disyunción y conjunción al interior de tales sentidos “existenciales”, como en lo que hay entre uno y otro de dichos sentidos.

Con la alusión anterior y en medio de lo laborioso que resulta precisar el concepto de “crisis”, conlleva a ubicarlo, quizás con mejor suerte, en su praxis, en lo disruptivo, por ejemplo, allí donde alumbra el destello

**En este enfoque a “contrapelo”, el acontecer de dicha crisis-misional como “ruptura epocal”, generaría el advenimiento del verdadero “estado de excepción”: la abolición de la dominación, la sociedad sin clases**

del “eslabón más débil de la cadena” o en el origen del trauma a develar. He ahí la *zona liminal* donde se ubica la “crisis”, en lo aún no desatado. Y existir en la *crisis*, supone experimentar el pliegue, donde la única certeza es la incerteza.

En este arrojo que supone conceptualizar “crisis”, se precisa hacer *epojé* (suspensión del juicio), porque la crisis *per se es epojé*, es “poner entre paréntesis” o en suspensión el objeto de reflexión antes de darlo por sentado, para luego sí desatar lugares aún no copados. Definir “crisis”, entonces, supone crisis conceptual, es el aún no lugar que da lugar. Es un concepto que, siendo límite, también abre la posibilidad para teorizar. Este malestar por la indefinición, genera un vaciamiento de sentidos, incluyendo el del propio concepto, devastando a su paso la pose de un presunto orden secuencial establecido por el ilusorio vector del “progreso”. Si algo se podrá advertir, por el momento, es que la “crisis” no pugna por ser moral, sino por ser acontecimiento y sacudir lo que está en reposo.

El anterior preámbulo, anticipa que en el presente texto se intentará una precisión del concepto de “crisis”, desde lo que pudiese ser la experiencia del “lugar” aludido por este concepto. Para esta aproximación, se acudirá a las nociones de “juventud” y “experiencia” que Walter Benjamin desarrolla y que aviva la “crisis”, no sin antes dar un asomo a su crítica del “progreso”; ensayando, de este modo, una extensión de los significados que bordean “crisis” como “separación, lucha, decisión (*krisis*), inflexión, ruptura epocal, período bisagra” y semejantes.

### **El “progreso” prescinde la crisis**

Al entrañar toda crisis devenir, se concibe en potencia una decisión inminente, pero no por eso su devenir supone movimiento en “progreso”. Si bien “crisis” remite al cambio, obliga, con antelación, creativas

alternativas para la superación de esa perturbación que la anidó, como resultado de lo establecido anterior a ella. Sin embargo, no trae consigo larvada una solución definitiva y permanente, sino que es laboratorio de gestación de venideras crisis. Situada en la historia, las crisis no serán resueltas por la gracia de una inercia teleológica, sino, como dice W. Benjamin, por aquellos seres humanos “olvidados”, que, como negados, a su vez, son negación de lo existente. Sobran entonces voces quirománticas antojadizas de preludiar la destinación de la crisis, con nexos idealistas y en “progreso”. Lo que materialmente sucede es lo que la praxis dictamine en ese tránsito. Al evidenciar este movimiento, se constata que “crisis” no es aporía, es dilemática, y como tal, está llamada a ser desencadenada, sin omitir las maneras en que se llegó a ella como *síntesis*.

Puesta en forma política, “crisis” puede devenir en lo que W. Benjamin (2009) denominó “estado de excepción”, que no el ilusorio “«estado de excepción»” disfrazado en la doctrina del “progreso”: “La tradición de los oprimidos nos enseña que el “estado de excepción” en el cual vivimos [fascismo] es la regla. Debemos llegar a una concepción de la Historia que corresponda a ese estado. Tendremos entonces frente a nosotros nuestra misión, que consiste en procurar el advenimiento del verdadero estado de excepción”. Justo en el despliegue de tal “misión”, que para el caso toma forma de *crisis*, sólo brotará si se distancia radicalmente del cómodo vector del “progreso”, defendiendo Benjamin con ello su concepción desde los “oprimidos”, distante de aquella doctrina del “progresismo”, que no cándida, dice Michael Löwy, ve “la evolución de las sociedades hacia una mayor democracia, libertad o paz” (Löwy, 2002, p. 96).

En la misma Tesis, Benjamin destaca que, cumpliendo “nuestra misión” en la lucha contra las

acompañadas “leyes de la historia” del “progreso” irresistible, “nuestra posición frente al fascismo se fortalecerá” (Löwy, 2002, p. 96). En este enfoque a “contrapelo”, el acontecer de dicha crisis-misional como “ruptura epocal”, generaría el advenimiento del verdadero “estado de excepción”: la abolición de la dominación, la sociedad sin clases. Quiere decir que, en esos períodos “bisagra” asociados al concepto de “crisis”, no sólo se habilita una nueva dimensión en la historia, sino que, previo a su acto de alumbramiento, es decir, en plena *crisis*, se actualizan los ideales, siendo “crisis”, no un período de confusión como algunos quieren hacer creer, sino de prueba y afirmación de las utopías en disputa.

En ese tránsito de la crisis –como síntesis– a la utopía, la “crisis” se licencia como siempre abierta. Así ocurre, por ejemplo, en el terreno de la historia. Sin consumación definitiva, “crisis” simboliza el nudo del relato, que se aprieta hasta extremar, desatando el acontecimiento. Visto así, el concepto de “crisis” invita aquí a reflexionar –más que sobre la exacta “fracción temporal” en que se agrieta la propia crisis y encuentra su salida– sobre el tiempo posterior, cuando la crisis es vista en retrospectiva. Lo cierto es que la post-crisis histórica la verbalizan otros, que, por su condición de postergados, no la experimentan directamente, y a quienes les aguarda la misión de “salvar” del pantano de los proscritos a los vencidos en la crisis. Con esta conceptualización de “crisis”, llevada a la especificidad de la historia, se avizora que “crisis” también es contradicción y confrontación. La primera, porque los llamados a contar y teorizar la historia siempre lo hacen desde una ubicación de no-vivencia, lugar insuperable, dado que, desde la crisis, resulta inenarrable lo sucedido; y, la segunda, en tanto la narración se realiza en un intervalo de desenlace parcial (como toda síntesis: nunca definitiva, siempre vuelta crisis), a la que le espera confrontar su verdad

con otras verdades, desde el futuro con lo pretérito. Es la historia de unos contada por otros, sin olvidar que en latencia ronda el acto revolucionario de “interrumpir la catástrofe”.

A este entresijo que la historia experimenta repetidamente cuando emerge la crisis, Benjamin (2009) lo agudiza con un merodeo conceptual entorno a la “imagen de felicidad” concebida por la “imagen de la liberación” (redención). La “imagen de redención” es, por tanto, la “imagen de la síntesis”, en vista que “el pasado trae consigo un índice *secreto* que lo remite a la redención” (Löwy, 2002, 54), “*secreto*” convertido en reparación colectiva, que alude a “la idea de una *Aufhebung*<sup>1</sup> de la injusticia pasada gracias a la conciencia histórica” (p. 57). En ocasión a aquel “secreto”, resuelve preguntarse Benjamin: “¿no nos sobrevuela algo del aire respirado antaño por los difuntos?” (p. 54). Induciendo con su pregunta a una crisis al acto reparatorio pasivo de aquellos espurios dolientes; ya lo dice Löwy (2002), “sea como fuere, la rememoración, la contemplación –en la conciencia– de las injusticias pasadas, o la investigación histórica, no son suficientes a criterio de Benjamin”. De allí que, para un auténtico desagravio con reparación, la redención de las víctimas reclama dos condiciones: “reparación del sufrimiento, de la desolación de las generaciones vencidas, y el cumplimiento de los objetivos por los cuales lucharon y no lograron alcanzar” (p. 59).

En otras palabras, al cundir la desmemoria es necesaria, aunque no suficiente, la remembranza de posar la mirada justiciera sobre el pasado. Para el particular de las víctimas al momento de su “redención”, es primordial traer en acto también su utopía como propulsora para salir de la crisis

**Al cundir la desmemoria es necesaria, aunque no suficiente, la remembranza de posar la mirada justiciera sobre el pasado. Para el particular de las víctimas al momento de su “redención”, es primordial traer en acto también su utopía como propulsora para salir de la crisis no resuelta por ellos**

---

<sup>1</sup> Corriendo el riesgo de una errática traducción, se postula *Aufhebung* como “superar conservando” o “desaparecer conservando”; próxima al significado de “síntesis”.

**La “crisis” no paraliza, la crisis moviliza; su superación radica en si deja en pie los pilares que la generó. Su naturaleza pregona el “secreto” de nuevas crisis y, por lo tanto, requiere que la crítica, originadora del desgarró en el acto de alumbramiento, la refrende con creatividad**

no resuelta por ellos. Mas la redención no está asegurada, circulan acechando los feligreses de la inevitabilidad del “progreso” radiante o del “cada día estamos mejor”. Se observa con esto que cada tanto la crisis está sitiada por la armonía, la antecede y la sucede, se sale de ella (de la crisis) porque se extraña la armonía y, por ello, se persigue ese “eterno retorno”. Desde Benjamin, a cada “catástrofe” su “redención”, que implica, en devenir, “catástrofe”; la misma que da lugar a una ferviente “voluntad” redentora que la disipe.

Con lo anterior, la definición de “crisis” aloja la potencia emancipadora, aunque también de impavidez, o lo que es lo mismo, aun cuando su posibilidad sea la revolución, “crisis” puede ser continente de un mal plagio o un adefesio mellizo de lo preexistente, y ser propagadora de estupor. Lenin (1973) lo sabía, su discreción indicaba condiciones concretas para evitar salidas en falso en momentos de crisis, como en el balance definitorio para una “situación revolucionaria”, que “no suele bastar con que «los de abajo no quieran», sino que hace falta, además, que «los de arriba no puedan» seguir viviendo como hasta entonces” (p. 100). Así mismo, existen en otros ámbitos confluencias difusas insalvables, entiéndase “crisis”, ubicadas en un vacío que reclama ser llenado. Estas pueden ser representadas por el fresco de Miguel Ángel, *La creación de Adán* (1511), donde el vacío lo copó no el materialismo, sino la fe que colmó la “falta” o zanjó la crisis. En este plano, “crisis” corre el riesgo de ser definida por un halo que quiere transparentarla o presentarla como “pura necesidad”, cuya resolución también puede aparentar una “mano invisible” que pretende disolver la razón del dedo humano de la praxis.

Así que la “redención” como emancipación “no es sino una tenue posibilidad que es preciso saber aferrar” (Löwy, 2002, 61), en atención a lo cual, su

materialización precisa ser revolucionaria, luego de haberse resuelto la crisis, al transitar por la zona de libre tráfico de las contradicciones entre pasado y presente, entre teoría y práctica. Pero no basta con la redención, se exige también la victoria, de lo contrario, dice Benjamin, “si el enemigo triunfa, *ni siquiera los muertos estarán seguros*” (Löwy, 2002, p. 75), vendría una nueva crisis con repetición y revictimización, como triunfo del fascismo.

Por lo tanto, para Benjamin la idea de avanzar en una historia en progreso es ilusoria, el retorno a los vejámenes no se descarta, y son los oprimidos los que resolverían esa crisis trayendo redención y victoria, por ser el “sujeto del saber histórico”, con conciencia de clase y “voluntad joven”, que en Marx, dice Benjamin citado por Löwy(2002), “se presenta como la última clase sojuzgada, la clase vengadora que, en nombre de las generaciones vencidas, lleva a su término la obra de liberación”(p. 126), inspirada no sólo en las generaciones venideras, sino en las generaciones vencidas, cabalgando una sobre otra en la sumisión y la subversión.

### **La juventud como voluntad**

Se asume, entonces, que la “crisis” encuba la emancipación o el germen de la resignación, aunque también está latente como lapso retardatario de la catástrofe. Indistinta sea la aspiración que se imponga al final, la “crisis” como preñes de deseo preludia decisión y, si bien ésta no tiene un cuándo definido, porque en ella nada está firme, es desequilibrio y todo bulle, sin embargo, ostenta neutralidad ante los diversos móviles en conflicto que la gobiernan. Significa que el principio de contradicción (como el delta), evidencia la coexistencia de impulsos contrariados sin saciar; por tanto, “crisis” es confrontación de apetitos en reyerta por ser apaciguados. Este desasosiego revela una singularidad de la “crisis” enmarcada en su superación, momento en el cual ella rompe su

neutralidad, y depara su propia forma y contenido de muerte paradójal, en donde su sepulturero es, precisamente, el *statu quo* que está a punto de organizar y que, a su vez, será el que le augure su nueva venida. En consecuencia, su estado de gravidez anida su “catástrofe” y “redención”.

No obstante, por su ímpetu erótico (creador), lejos de la desesperanza, la tristeza y el agotamiento, el concepto de “crisis” exhibe un “aura” juvenil que, quizás, se podrá sondear en la consideración de Benjamin acerca de la “experiencia”. Posiblemente, por esta vía se acerque “juventud” y “crisis”.

“La máscara del adulto se llama «experiencia»”, dice Benjamin (2007). En su objetivo de desenmascarar al “adulto” y encontrar su “misterio”, sin acudir a definirlo por añoso, Benjamin lo identifica por vociferar que “también él quiso lo que nosotros [los jóvenes] queremos”, pero resignado al no alcanzar sus ideales por no luchar lo suficiente, oculta su frustración cuando “sonríe con superioridad al decirnos que nos sucederá lo mismo”. El “adulto” confunde “juventud” con imposibilidad quimérica, y este extravío es adverso a la *voluntad* necesaria para habitar la crisis; su esterilidad está signada por “los compromisos, la pobreza de ideas y la falta de brío. Así es la vida. Eso nos dicen los adultos, así lo han experimentado ellos” (Benjamin, 2007, p. 54).

Al indagar Benjamin (2007) sobre el valor de la “experiencia” en asuntos como “el sentido, lo verdadero, lo bueno, lo bello”, encuentra que, por estar fundamentados en sí mismos cada uno de estos, la “experiencia” ahí no tiene mérito, como tampoco tiene lugar para animar hacia “lo grande, a lo nuevo, a lo futuro”, porque tales asuntos no se pueden experimentar. La “máscara” inocua de la “experiencia” (la resignación) se hace inútil para desafiar la crisis, por hartarse con “lo grosero y lo común” (p. 55). En cambio, dice Benjamin, la juventud

conoce algo que la “experiencia” ni otorga ni quita, algo que mueve, y que también tendría que existir en las crisis para movilizar su desenlace, esto es, *voluntad* por la existencia de la “verdad, aunque todo lo que se haya pensado hasta ahora resulta un error. O que hay que ser leal, aunque nadie lo haya sido aún hasta ahora. La experiencia no puede arrebatarnos esa voluntad”. El “adulto” se adormece, flaquea, porque su resignación o falta de voluntad hace que abandone la crítica cuando más se necesita, en la crisis, “pues si criticara, tendría que crear” (págs. 55-56) a sabiendas de que tan vitales son las utopías en la crisis, como los sueños en la juventud. La invitación de Benjamin es a la perdurabilidad de la “juventud” y, de golpe, a impedir el envejecimiento de la “crisis”, por estar ahora también sitiada por la “experiencia”.

La crisis se ve entonces abocada a convocar lo “juvenil”, a la voluntad del principio transformador. Benjamin (2007) encuentra que, aislar la juventud de la crisis, crea jóvenes “apolíticos”, y por eso él, indagando sobre el “contenido de verdad” en *Hamlet*, encomienda a esta voluntad la esperanza. Dice el protagonista: “El mundo está fuera de quicio... ¡suerte maldita! Que haya tenido que nacer yo para enderezarlo” (citado por Walter Benjamin, 2007, p.10). Y no es que guarde contradicción esta línea, sino esperanza. Para Benjamin “sólo puede y debe ayudarnos la consciencia: por malo que sea el mundo, tú has nacido para enderezarlo. Esto no es arrogancia, sino solo consciencia del deber” (p. 10).

Esta toma de “consciencia hamletiana” de la necesidad de transformar la sinrazón del mundo, se actualiza permanentemente; una vez se sofoca la crisis, se alienta la siguiente y augura su retorno, razón por la cual, es perentorio que no escasee el arrojo para enfrentarla y para la fijación de nuevos objetivos. De lo contrario, la adaptación ante lo dado anulará el deseo. Por eso, sin crisis no hay revolución,

pero no por eso con revolución cesan las crisis. La revolución, como lo manifiesta Marx, es permanente.

Con la anterior aproximación al concepto de “crisis”, se precisa como aversión a lo “envejecido” y acabado, experimentando así el concepto de “crisis”, su propia crisis, ante el dilema, según el cual, sólo se mantendrá “joven mientras no haya realizado su ideal por completo”, porque en su completud le sucederá lo que Benjamin descubre en *Fausto* sobre los héroes: “sucumben en el instante de la consumación” (Benjamin, 2007, p. 12).

### **“Crisis”: un concepto sin consumación definitiva**

Pese a todo, la “crisis” no paraliza, la crisis moviliza; su superación radica en si deja en pie los pilares que la generó. Su naturaleza pregona el “secreto” de nuevas crisis y, por lo tanto, requiere que la crítica, originadora del desgarramiento en el acto de alumbramiento, la refrende con creatividad. Sin duda, el concepto de “crisis” se seguirá robusteciendo, no basta con señalar que guarda un sentido existencial trágico entre el “ser o no ser”, como en la noción original médica, al decidir entre vida o muerte. Sin desconocer su aportación, tampoco será suficiente la conceptualización de “crisis” como antidialéctica en el “Ser o No-Ser” parmenídeo, siendo sectaria, inhóspita y excluyente; en su afán arbitrario por decidir y separar lo justo de lo injusto, lo curativo de lo letal, autoriza en ocasiones pasar por *episteme* la *doxa* o por verdad la posverdad. Eso sí, aquí, la “crisis” contribuye al discernimiento en lo que no soporta puntos medios, respecto a una “situación revolucionaria”, por ejemplo, o tomar partido ante intersticios estéticos o en juicios morales, dado que, sin aludir al contenido de lo que sea adjudicable a lo “bueno” o a lo “malo”, no se podría convenir el lugar ocupado *entre* lo “bueno” y lo “malo”, simplemente “es” lo uno o lo otro, censurando el “más o menos”. Esta definición advierte que “el hombre que carece de

pensamientos se tranquiliza justamente en el error” (Benjamin, 2007, p. 55). No obstante, y sin pretender agotar la definición de “crisis”, es de mayor consideración el aporte de aquella que se debate por ser síntesis, protegiendo “lo que es y, a la vez, lo que no es”, como existencial dialéctico de lucha y *Aufhebung*, en el que viene larvada la praxis que se trasvasará en el futuro.

En general, las grandes crisis están destinadas a ser inmortales, a costa de los mortales que las experimentan, como diría Benjamin (2007) cuando analiza la tragedia: la crisis lastra una “irónica inmortalidad”, alentada por la voluntad que mora en ella y que proclama como “lo propiamente juvenil, la fe en el ideal y el sacrificio que logra permanecer inquebrantablemente, aunque el ideal sea irrealizable por completo o resulte incluso desdichado. (Pues a menudo la dicha y el ideal se muestran contrarios)” (p. 12), como cuando sales de una pandemia y regresas a la cotidianidad dando cuenta que el capitalismo sobrevivió.

### **Referencia bibliográfica**

Benjamin, W. (2007). «Experiencia», en Obras, Libro II, Vol. 1. Madrid: Abada Editores.

Benjamin, W. (2007). La bella durmiente, en Obras, Libro II, Vol. 1. Madrid: Abada Editores.

Benjamin, W. (2009). Sobre el concepto de historia, en Estética y Política. Buenos Aires: La Cuarenta.

Lenin, V. (1973). La Bancarrota de la II Internacional. Obras escogidas, Tomo V. Moscú: Editorial Progreso.

Löwy, M. (2002). Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis “Sobre el concepto de historia”. Buenos Aires: FCE.

Marx, C. y Engels (1976). Obras Escogidas. Moscú: Editorial Progreso.